



TIEMPO DE DESENCUENTROS

Julio Fajardo Sánchez

TIEMPO DE
DESENCUENTROS



Primera edición: junio 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Julio Fajardo Sánchez

ISBN: 978-84-19340-40-5

ISBN digital: 978-84-19340-41-2

Depósito legal: M-16109-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

PRIMERA PARTE

2016

2016 fue el año en que España sobrevivió milagrosamente a pesar de tener un gobierno en funciones. Los indicadores económicos no reaccionaron negativamente ante esa circunstancia; al contrario, todo se desarrolló con absoluta normalidad y continuidad. Lo que sí se notó fue el recrudecimiento de la falta de entendimiento entre los representantes políticos para determinarse por una solución que fuera más allá de sus propios intereses partidistas. Quizá estábamos sacrificando nuestros mejores esfuerzos por mantener principios que mostraron su obsolescencia. Ya no estábamos en un mundo de izquierdas y derechas.

Es lamentable que tengamos que sacar como conclusión, después de lo ocurrido ese año, que la suspensión de la actividad parlamentaria influyera tan escasamente en la gestión de gobierno y en el avance pacífico del conjunto de la sociedad, como si la inercia, alimentada por una tecnocracia autónoma, fuera suficiente para garantizar la marcha de los asuntos públicos. Es peligroso comprobar lo innecesario de los órganos legislativos en la vida normal de los ciudadanos, porque esto sería como poner en cuestión los sistemas de representación.

Las elecciones de diciembre de 2015 dejaron un panorama in-

édito en la composición de las cámaras españolas. Ya se habían producido con anterioridad situaciones en donde ninguna fuerza logró obtener el voto mayoritario, pero la novedad en este caso consistió en la desaparición de las alternancias naturales que hasta el momento había ofrecido el bipartidismo. ¿Dónde estaban las causas de esta nueva situación? No todo debería ser achacado a la crisis económica sufrida en Occidente a raíz de los escándalos financieros que comenzaron por la caída de algunos pequeños bancos americanos en 2007, y que culminó con la quiebra de Lehman Brothers en 2008. Esta catástrofe parecía que se había amortizado políticamente en el 2012 y supuso la mayoría absoluta de los populares cuando aún no se habían presentado las nuevas opciones políticas encargadas de canalizar el descontento.

Pese a que algunos lo niegan, el movimiento 15M fue consecuencia de aquella gran decepción y siguió las pautas de las reflexiones de Stéphane Hessel en su obra *¡Indignaos!*, publicada en 2010, y en España en 2011, con prólogo de José Luis Sampedro. A pesar de que el partido impulsado en Francia por Jean-Luc Mélenchon se autodenominaba Indignados, su correspondiente en España, Podemos, no se podía considerar como una consecuencia de las ideas de Hessel, sino más bien como la unión de diversas minorías que aprovecharon el tirón de la indignación para sorprender en un confuso panorama golpeado por la recesión. No fue la continuidad del 15M, sino la oportunidad aprovechada por opciones preexistentes para canalizar políticamente un movimiento aparentemente espontáneo. Quiero decir que no fue solo la crisis lo que nos llevó a esta situación sorpresiva, sino una planificación del llamado «frente amplio» que llevaba bastante tiempo intentando llevar a cabo la reunificación de la izquierda dispersa.

La verdadera crisis en la política española durante 2016 fue la incapacidad que exhibieron los partidos para garantizar la estabilidad de un Gobierno, independientemente de cuál fuera su ideología o de si sus intereses estaban centrados en consolidar la recuperación económica. Uno de los motivos principales se hallaba

en presentarse las opciones como bloques ideológicos monolíticos apegados a sus convicciones tradicionales y a su sentido de lucha personalizada contra un enemigo bien definido. En esto pareció que no entendieron bien cuáles eran las estrategias de las nuevas formas de hacer política, tal y como las presentaba George Lakoff.

Lakoff introdujo la idea de biconceptualidad para el votante de centro. Es decir, de aquel que participa de soluciones conservadoras o progresistas en función de las circunstancias, y recomendaba dirigirse a este amplio espectro social con total naturalidad. Aseguraba que en el centro no solo hay moderados, y que sus integrantes están a medio camino entre la izquierda y la derecha, y participan, para según qué casos, de ambas políticas. Visto así, ese no era el espacio apropiado para plantear una lucha abierta y encarnizada; más bien parecía recomendable considerarlo como un amplio escenario de diálogos y de consensos. Puede ser que ahí encontraran su confluencia los socialdemócratas de Martin Schulz con los conservadores de Angela Merkel para gobernar Alemania. También estaba incluida en ese ámbito la oportuna solución francesa presentada por Macron que comulgaba de las soluciones prácticas de las dos grandes opciones ideológicas occidentales y, sobre todo, europeas. Hubo quien lo llamó traidor y esto demostró que aún existían los que se empeñaban en mantener sus convicciones a ultranza, aunque con ello provocaran el hundimiento de la flota. Lo más acertado sería decir que la pureza ideológica ya no existía, que cada una de las opciones había contaminado a la otra con soluciones que eran acertadas para todos los casos, y que empeñarse en mantener un posicionamiento partidario no iba a encontrar una respuesta afirmativa en los sectores mayoritarios del electorado. Sin embargo, y en contradicción con esta realidad, las organizaciones políticas sufrían profundas crisis de identidad e intentaban resolverlas radicalizando sus ofertas. Todo ello porque habían sacrificado sus programas en beneficio de un relato, imitando a las técnicas del márketing publicitario y aprovechando los mensajes condensados que caben en los medios modernos de que disponen:

titulares de prensa, imágenes de televisión o consignas enviadas a través de las redes sociales. Es cierto que esto tiene un enorme poder de penetración, pero no lo es menos que para este fin se aprovechan las adicciones de los ciudadanos menos inteligentes, basando en ellos la legitimidad necesaria para implantar cada cual sus respectivas políticas.

Tanto Hessel como Lakoff proponían retornar a valores tradicionales, aquellos que fueran capaces de ligar a las mayorías con el concepto supremo que tienen de su nación. Hessel lo emparentaba con los ideales de la Resistencia francesa frente a la ocupación alemana; Lakoff, con la lucha por la independencia de los Estados Unidos de los colonizadores ingleses, y a los nobles objetivos de los primeros presidentes democráticos y su concepto de la libertad. Ambos coincidían en fabricar un relato que fuera capaz de ilusionar al pueblo. Lo mismo planteó Macron resucitando la lealtad a la V República, el régimen vigente en su país desde 1958. Pero en España ¿qué es lo que debíamos proponer para que fuera respetado por todos? Era difícil encontrar ese símbolo. Quizá sería más sencillo adivinar qué es lo que no debíamos ofrecer como principio unitario, porque todos los que habíamos probado no habían logrado la aceptación mayoritaria del pueblo. Quizá una reacción nacional frente a las amenazas secesionistas de algunos grupos podría provocar un sentimiento patriótico, pero el recuerdo cercano de la Dictadura no ayudaba mucho a que esto se produjera. Era complicado dar con algo en lo que nos pudiéramos de acuerdo. Tal vez los vínculos de raza, de sangre y de historia común podrían llegar a reunir un rico conglomerado en donde lo diverso pasara a tener la categoría de único y respetable. Curiosamente, esos han sido los argumentos que se han utilizado con mayor frecuencia para dividirnos. Ese es nuestro hándicap; pero, por otra parte, constituye un hermoso milagro el haber subsistido juntos durante tanto tiempo, a pesar de las desgracias y los desencuentros. No hay que olvidar que somos la nación más antigua de Europa, en el sentido moderno del término. Habría que preguntarse cuál es la característica de

esa personalidad que nos haría sentirnos orgullosos, dónde está la imagen que nos define de manera indiscutible, ese lugar común en el que podemos confluír.

En España todos se declaran europeístas, pero en cuanto la Unión Europea se muestre incompatible con el desarrollo de los proyectos de las distintas facciones abominarán de ella y pretenderán dinamitarla como hacen los populismos y nacionalismos extremos que nos han salido por todas partes, como una erupción de granos en la cara de un adolescente. Aún no sé cómo va a acabar esta historia. Su devenir, a veces incierto y desesperanzador, me ha provocado reacciones diversas que he ido escribiendo a medida que se iban produciendo los hechos. Solo se trata de las impresiones de alguien de la calle que, en algún sentido, bien pueden servir como material para fabricar la crónica de lo que piensan las personas de a pie. Son mis apreciaciones, que, por ser individuales, deben representar también las de muchos que desean expresarse libremente. No necesariamente tienen que coincidir con el estado de opinión elaborado en torno a lo políticamente correcto, que es el pensamiento de los que están sometidos a una continua presión informativa.

Aquí retrato el surgimiento de Podemos, los intentos infructuosos de investidura y la repetición de elecciones, en 2016, la crisis interna del Partido Socialista y, como telón de fondo, la reaparición del conflicto catalán. Todos ellos, de una forma o de otra, vinculados estrechamente a la historia de este país. Un país que basa su indestructibilidad en la permanente amenaza de romperse en pedazos. Algunas veces lo ha hecho con el coste de mucha sangre, pero, mal que bien, siempre ha logrado salvar los restos del naufragio y recomponerse.

Una opinión es un estado de ánimo, un pensamiento influido por las circunstancias. No puede entenderse como una profunda reflexión que lleve a un posicionamiento inequívoco ante la realidad. Si una situación política produce desazón en un sector de los

pacientes ciudadanos que la sufren, no debe entenderse que estos son desafectos o poco partidarios de quienes la provocan. Al contrario, se convierten en el termómetro real de lo que nos produce inquietud y deberían ser tenidos en cuenta, aunque solo fuera para obtener el reflejo claro de cuál es el estado de los temas que más nos inquietan. Vivir de espaldas a la contundencia de los hechos y a las consecuencias que estos generan en el comportamiento de la gente es un error. Sobre todo, cuando se confunde con un cierto grado de desinterés por lo que se promulga como indiscutible. Siempre se estrellará quien crea que el mundo que hay a su alrededor tiene necesariamente que coincidir con su forma de verlo. Este es el motivo por el que digo que los ramalazos incontrolados y espontáneos que expuse en estos artículos fueron el repertorio variable de unas sensaciones, nunca una declaración de fe, ni un intento de establecer verdades absolutas. Miles de personas deben coincidir con mis impresiones, quizá no las suficientes para formar una unanimidad, pero las unanimidades se construyen aplicando fórmulas estadísticas, en donde lo aislado debe encontrar las adhesiones y parentescos necesarios hasta convertirse en algo uniforme. No es difícil descubrir ese milagro por el cual el conjunto llega a la solución correcta sin que ninguno de los individuos que lo forman acierte de pleno en sus manifestaciones particulares. Por eso se puede extraer una conclusión muy fiable de una serie de impresiones aisladas, siempre que las respuestas que se den estén investidas de sinceridad y de honradez. En esto consiste, de manera aproximada, eso que llamamos democracia, un término que ahora nos cuesta tanto definir en su sentido estricto, por lo que podemos afirmar que está sumido a la vez en una profunda crisis y sometido a un insistente apremio revisionista. Ya sé que las opiniones aisladas nunca serán tan contundentes como las conclusiones extraídas de los sondeos del CIS, pero eso no significa que no creen una visión nítida del estado de las cosas. Se equivocarán siempre los que no confíen en otra fotografía de la realidad distinta a la que les ofrecen las estadísticas. Puede servir para vender detergentes, pero

nunca para decidir la gobernación de un país. En el ambiente comercial la estadística es la comprobación de los efectos de la campaña de lo que se oferta, y actúa como un bumerán que devuelve lo que previamente se ha publicitado. Hay quien pretende que la política utilice los mismos procedimientos y en esto se equivoca de lleno al pretender invadir la libertad que tenemos para reflexionar sobre los asuntos que nos atañen.

No existe una respuesta única a los problemas que se derivan de nuestra existencia en colectividad. Nadie, entonces, podrá presumir de tener la solución en exclusiva. Siempre será válida aquella que se pueda cotejar en el sistema que se ha creado para hacerla posible. En este aspecto, las ideologías parecen funcionar igual que las teorías científicas. Se admiten una serie de axiomas y postulados y todo lo demás tendrá que verificarse de acuerdo con ellos. Esto no quiere decir que no pueda ser de otra manera, como la historia demuestra hasta la saciedad. La geometría de Euclides fue sustituida por la cartesiana, esta por la de Newton y la de este último por la de Einstein. Todas se basan en una estructura básica común, porque el pensamiento de los hombres no es algo tan mudable. Sin embargo, no hay principios inamovibles, ni siquiera el derecho natural lo es. De esta forma, tendremos que admitir que vivimos en un mundo relativo, pero esta relatividad no es contemplada por los actores directos que, al defender a ultranza sus propuestas, convierten el debate de las distintas alternativas del pensamiento en una lucha cruenta que lleva apareada la intransigencia, la exclusividad y la intolerancia; términos que son habitualmente utilizados para calificar el comportamiento de los otros, nunca del propio. Surgen entonces fronteras, líneas rojas, límites que hacen del juego de la razón política un ejercicio geográfico y territorial para diseñar el campo de batalla donde tendrá lugar el enfrentamiento, como si fuera algo imprescindible escenificar una guerra para obtener una victoria local y perecedera. El conflicto es tan antiguo como la humanidad, hay pruebas de luchas y colisiones de grupos que datan de doce mil años. Parece una constante periódica vinculada

a nuestro comportamiento. Cuando esto ocurre, las organizaciones se acercan más a la ficción y se alejan del fin primordial que es proporcionar satisfacción a las demandas de la sociedad que pretenden gobernar. Tradicionalmente las guerras provocan un mayor número de muertos por hambre, frío o enfermedad que por la violencia directa. La conquista del poder desde el orden político también produce importantes daños colaterales. Hay que dar un paso a un lado y discurrir con la imparcialidad necesaria para comprobar que las cosas ocurren así. Es complicado que los ciudadanos se convenzan de que la política es solo un juego, un tablero de escaramuzas por alcanzar el mando para guiar el destino de los otros, aunque ya muchos están muy cerca de tener esa convicción. Pero de lo que no estoy seguro es de que la desinhibición de los electores se convierta en una tendencia favorable. Los últimos acontecimientos han demostrado que eso es posible y que existe en realidad; que el grupo se comporta de manera más independiente de lo que suponen sus representantes; por eso, en esa persecución de las masas, echan mano de peligrosas armas de persuasión, como el populismo y el nacionalismo. A esto nos lleva la falta de reforma y la cerrazón de las ideologías tradicionales.

En el tiempo que vivimos, las ideologías no han sabido responder a los graves problemas que se nos presentan porque continúan usando procedimientos que ya han sido testados y han demostrado suficientemente su fracaso en situaciones parecidas. Es como si estuviéramos aplicando remedios genéricos que pertenecen a formas diferentes de entender la vida, como, por ejemplo, elegir el naturismo, la acupuntura o la homeopatía, en lugar de echar mano de la cirugía o de los tratamientos con principios activos. Se plantea lo ideológico como una actitud, más que como la aplicación de prácticas adecuadas para cada caso. Un conflicto puede tener una solución liberal y ser esta satisfactoria para toda la colectividad, y otro diferente precisar de una actuación socialdemócrata y ser igualmente recomendable. Las diferencias que plantea Lakoff entre valores progresistas y conservadores son

más adecuadas a los comportamientos individuales o a las creencias que a su aplicación directa para dar salida a un problema económico, por poner un ejemplo. Las soluciones globales no deben estar encuadradas en las convicciones personales. Todos se sienten mejores que sus congéneres situados en uno u otro plano de su desarrollo educacional, pero es innegable que comprobar cómo fracasan los intentos de uniformar nuestro pensamiento y nuestra manera de conducirnos solo produce frustración y una gran desconfianza en el sistema. Esto es lo que provoca el descalabro en las previsiones que hacen los sociólogos sobre el comportamiento electoral de las masas. Las encuestas solo sirven para saber cómo se determinan los ciudadanos sobre aquello que se les pregunta. Quiero decir que, en ocasiones, en la pregunta está implícita la respuesta. Si a esto le añadimos las nuevas formas de comunicación de los mensajes políticos y la aplicación de las técnicas invasivas del mercado, no nos puede sorprender que haya aparecido un panorama de incertidumbre que dificulta las predicciones y convierte lo correcto en incorrecto si el resultado no coincide con lo que se ha previsto. Los últimos ejemplos son la consulta del Brexit en el Reino Unido o el triunfo electoral de Donald Trump en el país que parecía ser el gran baluarte de los principios democráticos. Con estos ingredientes no es difícil interpretar que existe una desconexión entre las propuestas de las distintas ideologías y los apoyos que obtienen del electorado.

Lo ocurrido en España, en 2016, y en otros países del entorno europeo, incluso en el ámbito de las democracias occidentales, evidencia una importante crisis política en cuanto a la permanencia de valores estables hasta el momento. Sería un verdadero suicidio intentar salir de ella con nuevos experimentos revolucionarios. Tampoco vamos a resolver el problema aplicando más ideología o afinando o radicalizando la que ya se tiene. Quizá una salida puede encontrarse en entender ese carácter biconceptual que Lakoff ha descubierto en el centro sociológico, o en el afianzamiento en valores perdidos, como recomienda Hessel. Esto es lo que ha ofer-

tado Macron en Francia y parece que con ello ha logrado salvar la amenaza de los extremismos populistas.

Dudo de si estoy describiendo un panorama desde un observatorio cuajado de pesimismo, pero si esto es así, los hechos absurdos que hemos vivido no serían tan graves si solo me hubieran provocado eso. Uno de los artículos que presento se titula «¿En quién vamos a creer?» y se refiere al fraude de los fabricantes de automóviles alemanes trucando los sensores de emisión de gases de la combustión. Es solo un símbolo, pero supone la pérdida de confianza en aquello que siempre consideramos como el paradigma del rigor y la honestidad. Si perdemos la esperanza en la seriedad de la industria automovilística alemana, ¿en quién vamos a creer? Extrapolando mi decepción al terreno político no solamente me sumiré en una profunda depresión, sino que tendré más motivos de indignación que los que expresa Hessel en su opúsculo. Hemos perdido la fe, y espero que no nos haya abandonado la ilusión por recuperarla. Macron anunció su pretensión de formar un Gobierno con miembros de la sociedad civil. Esto quiere decir que no quería contar con los profesionales de la política. La crisis interna se encuentra vinculada a procedimientos inadecuados para el relevo de los dirigentes. Los profesionales escasamente formados en el seno de los partidos no son capaces de asumir con responsabilidad el gobierno de organizaciones poderosas que han llegado a controlar y devorar todo aquello que se les ponga por delante. Son como los grandes equipos del ciclismo que vigilan la carrera desde el inmenso pelotón. Cuando alguien se escapa terminarán cogiéndolo a escasos metros de la meta. Siempre va a ser así. Nunca podremos fiar nuestro futuro a aventuras aisladas. Por eso concluyo que dependemos exclusivamente de la responsabilidad de los que integran las organizaciones a las que tenemos delegado el orden imprescindible para dirigir nuestra convivencia colectiva: los encargados de aprobar nuestras leyes, de observarlas, hacerlas cumplir y ejecutarlas. Deberían hacer como las grandes corporaciones que fabrican los aviones donde nos subimos confiados. Cuando uno de

los elementos tiene un fallo, inician una investigación y no paran hasta que lo subsanan. Nunca se determinarán por mantener el elemento defectuoso como si fuera infalible y constituyera la pieza clave del conjunto.

GOMINOLAS

Un entretenimiento de moda consiste en introducir gominolas en un tarro y tratar de acertar cuántas contiene solo con una observación visual. Forma parte de uno de esos juegos de aproximación donde gana el que más se acerque a la solución. Es complicado llegar a ella con exactitud, y esto, si se alcanza, solo puede ser producto del azar o del conocimiento previo del resultado. Hace años yo pasaba el rato, junto con un compañero hondureño, intentando adivinar el peso de los objetos que había en una de esas granjas lácteas que tanto abundaban en Barcelona. Calculábamos la carga de quesos, yogures, botellas de leche y frascos de mermelada haciendo una exhibición de nuestra habilidad para calibrar el lastre de lo que poníamos sobre nuestra mano. Intentábamos hacer un cómputo mental del volumen de lo que elegíamos y luego le asignábamos una supuesta densidad. Lo formal se podía deducir aplicando nuestros conocimientos de geometría, pero la adjudicación de un factor que determinara su consistencia específica se hallaba en el territorio de la conjetura. De todas formas, éramos capaces de seguir un método comparativo en el que la imaginación jugaba un papel importante. Creíamos llegar a sentir la cohesión de las moléculas de los materiales con los que experimentábamos, y esto se complicaba cuando se trataba de recipientes que contenían, a su vez, líquidos, cremas o pastas más sólidas, que tenían una composición diferente en cada caso. Puedo asegurar que era un juego divertido y que tenía un interés añadido cuando lo utilizábamos como apuesta para pagar la consumición.

Todo esto no dejaría de ser una anécdota si no fuera porque unos matemáticos, amantes de extrapolar sus deducciones a las ciencias sociales, han estudiado el juego de las gominolas contenidas en el tarro y han llegado a conclusiones importantes; conclusiones que, por otra parte, ya formaban parte de la ciencia estadística y de la aplicación de las medias para generalizar el comportamiento de los fenómenos que observamos de manera cotidiana. Celebraron una sesión del juego con un elevado número de participantes, hasta sesenta, y pudieron observar cómo las desviaciones que se producían, tanto por defecto como por exceso, eran compensadas para llegar a un resultado muy cercano al verdadero. Sumando todos los pronósticos y hallando la media aritmética, dividiendo por el número de mediciones, encontraron que en un frasco que contenía cuatro mil gominolas, el resultado arrojaba un total de cuatro mil cuatro; es decir: la desviación era del 0,1 %. A la luz de las matemáticas esto no tiene que producir extrañeza. El problema aparece cuando las conclusiones se aplican a los grupos sociales, encontrándonos con que las decisiones colectivas, establecidas por las medias, son más acertadas que las de los individuos que los forman. Esto no deja de ser una manera de acreditar sobremanaera la democracia y, mucho más, los movimientos exageradamente participativos y asamblearios. Así ocurriría, de forma exacta e indiscutible, si el proceso de decisión para emitir el pronóstico fuera realizado en libertad; sin la influencia de los agentes intermediarios que mediatizan la elección de las opciones. No es equiparable la actitud del que emplea todos los procedimientos de los que dispone para calcular el número de gominolas que hay en un tarro con la que tiene el que va a prestar su apoyo a una decisión política. Emplear procedimientos comparativos, como el que estamos viendo, tiene la trampa de pretender adjudicar limpieza y libertad a un proceso desprovisto de ambas cosas. Entre otras razones porque decidir sobre una mera operación de contabilidad no lleva implícitos compromisos de otra índole, y además el veredicto que se emite está encaminado a la aproximación a una realidad concreta

más que a un deseo. Pese a todo, podemos dar por válida esta asimilación de los comportamientos grupales a los juegos inocuos. Se admite como técnica para emplear por aquellos que se dedican a la manipulación de las masas, y solo es la demostración de que, en el fondo, todo lo hemos convertido en una operación de máquetin. Hasta nuestra existencia se halla inmersa en estas oscilaciones que nos hacen creer que pertenecemos a un mundo seguro y estable en el que participamos con la fuerza que nos da sabernos arropados por el pensamiento de la colectividad. No existe nada más confortable que habitar en la seguridad del grupo, aunque sepamos que este está dirigido por una oligarquía que no somos capaces de identificar. De cualquier forma, resulta decepcionante tener que aceptar que todo el esfuerzo que realizaba con mi compañero hondureño para acercarme al peso exacto no serviría de nada si aumentáramos el número de jugadores y fiábamos el resultado a las reglas del azar. Siempre nos iban a ganar las medias.

La interpretación torticera de estos fenómenos llega a establecer que los grupos de personas pueden no ser idiotas, aunque todos los miembros sí lo sean, o, lo que es lo mismo, que los grupos pueden comportarse de forma más inteligente que el más capacitado de sus integrantes. Estamos ante una de esas paradojas que, como la de Aquiles persiguiendo a la tortuga a la que nunca alcanzará, se han construido para turbar nuestra mente y poner en cuestión la realidad en donde comprobamos la veracidad de nuestros pensamientos. Es la comprobación matemática de la dictadura de las masas. La cuestión es que para averiguar cuántas gominolas hay dentro del tarro no se le consulta al conjunto, sino a cada uno de los individuos, por eso es imposible que se produzca el acierto de ninguno de ellos, porque, en este caso, la media no figura como apuesta de uno de los jugadores; solo es el resultado de la aplicación de un cálculo posterior. Los grupos no son protagonistas, pese a que se les atribuya un veredicto acertado, de aquí que suponerles inteligencia en la toma de decisiones es una cuestión, al menos, extemporánea.

La traducción fácil e inmediata es la atribución de una cierta infalibilidad a los sistemas altamente participativos, pero esto no obedece a la realidad porque, de ser así, en un proceso consultivo, en el que hay que decantarse por el sí o el no, la estadística siempre corregiría los errores, por exceso o por defecto, hasta llegar a establecer un 50 % para cada una de las opciones. A estos planteamientos los griegos los denominaban sofismas. Me refiero también al que yo mismo estoy utilizando; pero yo lo hago para sembrar la duda y no para establecer una rotundidad. Actualmente hay quien lo asimila al término demagogia, que también fue creado por los griegos. El sofisma se define como la razón o el argumento aparente con el que se pretende defender o persuadir lo que es falso. No es una demostración porque esta está sometida a las reglas de la lógica. Es un camino forzado en el que se cocinan previamente los datos para conducirnos a una verdad preestablecida. En la definición se utilizan los términos defensa y persuasión, en los que se halla intrínseca una intención de captación de la voluntad por un camino extrañamente convincente. Demagogia, por otra parte, es la práctica política que consiste en ganarse con halagos el favor popular. Una segunda acepción la señala como una degeneración del sistema democrático en la que el político trata de conseguir o mantener el poder con cesiones y halagos a los sentimientos elementales de los ciudadanos. En realidad, para halagar los sentimientos elementales se emplea de manera habitual el sofisma y así el halago viene envuelto en un aparente envase de racionalidad, donde solo se expone un aspecto parcial del problema que se intenta demostrar, obviando su aspecto nuclear. Estos usos son empleados con éxito en las técnicas publicitarias que hoy se han convertido en las auxiliares más eficaces de las ciencias sociales y, por tanto, de la vida política, estando presentes con superabundancia extraordinaria en las relaciones entre los ciudadanos y sus supuestos representantes.

Una sociedad en la que se abuse de estas tretas tiene que ser necesariamente una sociedad corrupta, porque en la apetencia por

el poder se denota una ausencia total del espíritu de entrega y de sacrificio y, por tanto, los verdaderos motivos obedecen a intereses inconfesables.

Si me limitara a presentar este aspecto concreto de la realidad incurriría igualmente en demagogia porque me estaría alejando del enfoque global del problema para sumirme en una parcialidad propia de los razonamientos envenenados. También están las ideologías, y, en tanto que unas consideren que las demás son perjudiciales, como ocurre con las religiones, se empeñarán en convencer a los individuos para que se conviertan en adeptos leales a la suya, lo que conduce a la denostación absoluta de la contraria. Para eso tratan de persuadir a sus votantes, que, en este caso, parecen actuar defendiendo la única verdad posible; es decir, acercándose cada vez más al resultado exacto de cuántas gominolas se encuentran dentro del tarro. Los otros harán lo mismo y en esa lucha utilizarán todo tipo de argumentaciones, sin limitación alguna ni sometimiento a la ética ni a la racionalidad, porque el objetivo que persiguen siempre se considera mesiánico y salvador, en previsión de la catástrofe que se avecina si ellos no son los administradores del poder.

Después está eso que llaman consenso, donde parece que se encuentra la corrección de todas las diferencias que se publicitaron en las campañas electorales para dividir a la sociedad y poder recoger el fruto de los votos. Es el momento de las acciones nobles y de los sacrificios, el tiempo en que hay que ponerse de acuerdo para evitar males mayores. Los adeptos a la causa no entenderán por qué tienen que consensuar con aquellos a los que les enseñaron a odiar. La amenaza de una nueva ideología provoca tsunamis en la otra parte. Todos intentarán aliarse para salvarse del naufragio, porque son conscientes de que los que vienen con lo nuevo provocarán la inundación, y los otros, los que tienen a Dios de su parte, están sobre el arca de la salvación. Es la ocasión de recurrir otra vez a que la única verdad reside en el pueblo soberano y que este, cuando habla, lo hace como un oráculo infalible, igual que en el juego

de las gominolas. Y entonces será tarde, porque ese engaño ya no cuela y las medias de las campañas publicitarias no funcionarán, y, por más que se anuncien sus bondades, las amas de casas dejarán de comprar el detergente que les destrozó la lavadora, aunque les juren que es el mejor que podrán hallar en el mercado.

Estamos de nuevo frente a un problema estadístico reflejado en las encuestas de opinión. Los ciudadanos están hartos de que los engañen, de que los capten con halagos demagógicos, de que los intenten convencer con argumentos falsos, con sofismas. Nadie está dispuesto a seguir aceptando aquello de que el pueblo nunca se equivoca cuando lo interpreta el que ganó ni de que volvió a errar cuando lo dice el perdedor. La gente está harta de acudir a las consultas y salir decepcionada si no triunfó su pronóstico, como si hubiera ido al estadio a ver perder a su equipo. No estamos en condiciones de admitir como verdad absoluta que un pelotón de idiotas se pueda convertir en inteligente por la aplicación de la media aritmética de sus opiniones. Existen demasiados vendedores de técnicas y teorías tendentes a la manipulación de las voluntades de los demás para obtener beneficios y estabilidad en los asuntos económicos que les atañen, y sus actuaciones siempre se encuentran fuera de los límites de la moralidad más elemental. Esta es la verdadera crisis que vivimos. Aquel que sea capaz de entenderlo se llevará el gato al agua. Empeñarse en seguir haciendo lo mismo nos conducirá al más absoluto de los fracasos, pese a que el grupo se sienta satisfecho por haber acertado el número de gominolas que se encierran en el tarro.

LA CASTA

Los tratados de derecho político definen como casta un sistema de estratificación social en el que no existe prácticamente la *movilidad* vertical, es decir, la posibilidad para el individuo de ascender a un estamento más elevado; si comete una impureza puede ser excluido del grupo, pero no puede entrar en otro y se convierte en un descastado. Por contra, el sistema de clases se basa en el principio de meritocracia de las sociedades modernas que procura facilitar a sus miembros el acceso a categorías superiores. Aunque no sea perfecta ni completa, en este caso existe una *movilidad* que diferencia a la división en clases de la división en castas.

¿Qué significa adoptar el término casta en lugar del de clase para definir las organizaciones políticas y a los individuos que, en algún momento, han tenido contacto directo con el poder?

En primer lugar, evita incluir en ese grupo a los que irrumpen de nuevo en el panorama político, aunque pretendan después disfrutar de esa misma condición. Las castas no son permeables, por eso los que pertenecen a esta categoría lo son para siempre. En el caso de separarse de ella se considerarían descastados. La casta que está dispuesta a tomar el poder es completamente diferente a la que pretende sustituir, y tiene como límite y prohibición el mezclarse con ella. Las castas no se mezclan, y si lo hacen será desvirtuando ese concepto para convertirlo en otra cosa. Por tanto, se equivocan los que afirman que los que han obtenido sus creden-

ciales en un proceso electoral ya pertenecen a la casta. Lo único que ha ocurrido es que el conjunto en el que estaban encuadrados (casta inferior) ha conquistado una prerrogativa que antes no tenía y esto no significa que vaya a compartir las características de los que se incluyen en el nivel al que acceden. Su condición de casta los hace exclusivos y excluyentes. Forman parte de una élite, pero nunca de esa que intentan desplazar y a la que, por definición, les es imposible incorporarse.

En segundo lugar, se trata de definir un marchamo de honestidad reivindicativa, de asegurar un principio de descontaminación de lo que se considera corrompido y, por tanto, susceptible de ser inmediatamente descastado, como ocurre con los impuros en los sistemas así establecidos. Ser de la clase no es lo mismo que pertenecer a la casta. No otorga el mismo grado de desvinculación ni fija la distancia que es necesaria para emprender el cambio drástico que se persigue. Llegar para incorporarse al sistema de clases existente no parece ser el objeto de quien establece esas diferencias entre él y los demás. Es algo más, por eso al diferenciar a los participantes en los asuntos políticos en castas se está afirmando como objetivo oculto y primordial la negación del sistema. Es cierto que la lucha de clases está algo *demodé* y ya no es capaz de llamar la atención de las masas; por tanto, es lógico que se huya de una estratificación social basada en ese concepto, pese a que en el mundo capitalista sea la que más se acerca a la realidad.

Por una parte, no parece un principio democrático el mantener esa barrera de exclusión con el contrincante, a menos que lo que se quiera sea hacerlo desaparecer definitivamente, como casta que es, y fijar las normas de un nuevo proceso democrático, en una interpretación más amplia del término, que lleva consigo la eliminación del sistema representativo, sustituyéndolo por otro asambleario, con una mayor legitimidad, según afirman. Todos sabemos que la democracia no es solo un método de números y de votos, existen

otros factores que son los que garantizan su fiabilidad; el principal es el sometimiento al derecho y a las leyes.

Por otra parte, la intención de no contaminarse con la casta ni mezclarse con ella, cuestión esta que va implícita en la propia definición política del término, conduce al aislamiento y a la soledad y tiene como horizonte, a largo plazo, la negación del resto de las ideas políticas y la implantación del totalitarismo. A esto no se le puede llamar democracia en ningún caso. Creo que la elección de esta terminología obedece a un elaborado proceso de laboratorio que se encuentra alejado del movimiento social espontáneo que le ha servido de base.

